

Jules Supervielle

## Castor y Pólux



SE día la luz brillaba con un esplendor tan puro que el cielo y la tierra, olvidando su distinta substancia, mezclaban ante los hombres sus más secretos pensamientos.

—Es igual al otro día, sabes, dijo Leda a una de sus amigas, cuando me estiré en la hierba y un cisne descendiendo del cielo...

—Pero ¿qué te sucede? tienes un aspecto extraño.

—Lo que me sucedió fué que el ave de que hablamos se acercó a mí cuando estaba medio dormida y se aprovechó para nevarme durante largo tiempo. ¡Ah! déjame sola. Tengo deseos de llorar (o más bien de poner, pensaba Leda).

Momentos después llamaba a su amiga:

—Mira estos dos huevos; ¡son muy hermosos!

—Y ahora, pequeña mía, tendré que empollarlos.

—Los guardo en un cofre. Veremos.

Al cabo de una semana todo era vagidos en el interior del cofre. Había cuatro niños, dos machos y

dos hembras que aun no habían salido del todo de su cáscara.

—Los cisnes hacen bien las cosas dijo la amiga.

—¡Oh! no hay como los cisnes. Olvidaba decirte que un tal Tíndaro se acercó también a mí durante el sueño.

—Duermes demasiado, dijo la amiga, pronto no sabrás qué hacer con todos tus hijos.

Y al inclinarse las mujeres sobre los pequeños observaron que uno de los machos, Pólux, y una de las hembras, Helena, tenían un pequeño bozo en el labio inferior.

—No los toques, exclamó Leda, ¿cómo quieres que los reconozca?

En realidad consideraba a toda su progenitura con igual estupefacción, como si hubiese dado a luz a cuatro monstruos.

—¿Cómo había que alimentar a los recién nacidos? ¿Dándoles el seno, o alimentándolos por el pico? ¿Con leche o con alimento para cisnes? ¿Qué había en esas cabecitas? ¿Ideas humanas o hijas de los pájaros? Ella miraba si no había un principio de alas en su espalda o bajo su brazo.

—Acaso crezcan más tarde las alas. Mientras tanto ¿qué haré de todo esto? dijo Leda abrumada.

—Yo me encargo de los machos, expresó una voz que venía de la ventana abierta detrás de una mata de hierba.

—¿Quién habla de ese modo?

Un hombre se irguió en el prado,

—¿Pero quién eres?

—Mercurio.

Leda le pasó los cuatro niños en desorden.

—No, los hombres únicamente. No me llevo las mujeres.

Y el dios de pequeñas alas se llevó a Castor y Pólux a la península de Pallene, que parecía particularmente favorable para la educación de los niños: los habitantes eran allí rudos como la tierra que en todas partes se volvía roca para resistir el embate eterno y las garras del mar.

Castor y Pólux crecieron en un mismo ímpetu. Parecían no formar sino un ser, vagamente desdoblado por un poco de aire, pero tan bien amalgamado por el afecto que el aire perdía toda virtud separadora. Tenían el mismo tamaño; su mirada y sus ideas venían de dos huevos completamente iguales, pero vivían ignorando su extraño origen. Para que tuvieran una confianza total en la vida humana, su profesor no les reveló que habían tenido que romper su cáscara para que nacieran.

Pero un día irritado Mercurio porque Pólux lo venciera a correr no se abstuvo de exclamar:

—Después de todo no hay razón para estar tan orgulloso. Si corres con tanta rapidez se debe a que eres el hijo de un pájaro.

—Y ¿de qué pájaro seré el hijo, por favor?

—Pregúntaselo a tu madre.

Pólux, que ya no podía contenerse, fué a buscar a Leda inmediatamente.

—¿Es cierto que mi padre era un pájaro?, le dijo a modo de saludo.

—¿Pueden hacerse tales preguntas a una madre? ¿Quién se ha atrevido a insinuar? Te ruego que no abordes nunca más ese tema ante mí.

Era la confesión. De regreso a Pallene, Pólux se encontró con un cisne y comprendió al momento, con la rapidez del rayo, que ese pájaro era el retrato de su padre. Experimentó tal molestia que se echó a todo correr hasta su casa y no pudo dejar de romper a llorar ante su hermano.

—¿Cómo puedes dar importancia a esa historia? dijo Castor, Mercurio me decía que yo también había salido de una cáscara, y es tanto más molesto cuanto que yo no sería sino el hijo de un pájaro llamado Tíndaro, que no se había casado aún con mi madre cuando yo nací. Créeme, nuestros padres se merecen. Por un lado están los esposos y por el otro, como tú los llames cisnes o amantes, ¿no son la misma cosa?

Esta historia de huevos al comienzo de la vida de los dioscuros los llenó de desconfianza y de asco hacia las mujeres. Cuando se convirtieron en sólidos y radiantes jóvenes continuaron evitándolas y optaron por el heroísmo. Esto les fué tanto más fácil cuanto que habían sido educados por un dios. Ese dios, en verdad, producía algunas inquietudes a los gemelos. No

desaparecía todos los días, al ponerse el sol, como un vulgar cortejador de mujeres?

Castor y Pólux estaban de día y de noche al servicio de las causas justas. No podían salir de su casa sin una verdadera escolta de viudas y de huérfanos, de los cuales sólo se libraban distanciándolos en la carrera.

Todos los malhechores de la región temían a los gemelos, cuyos gestos se armonizaban a maravilla en el combate formando un solo ser con ocho miembros que al conjugar el juego de sus brazos y de sus piernas les confería una increíble agilidad. Desconcertaba mucho a los adversarios no saber cuál de los dos acababa de golpearlo.

Tenían también la costumbre muy eficaz de nadar juntos, lo que les permitía en los tiempos más desesperados socorrer a los navíos atacados por los piratas o por la tempestad.

Aunque Mercurio los encontrara muy jóvenes para golpear a los monstruos, Castor y Pólux no tardaron en especializarse en la represión del gigantismo, verdadera plaga de esa época.

Parecía que la crueldad de los gigantes se debía a la dificultad de hallar una mujer de su estatura. En efecto en esa época había una verdadera escasez de gigantes. Estas se suicidaban en gran número, porque su sexo y coquetería no estaba de acuerdo con la superficie inmoderada de su cuerpo. La mayoría de esas inmensas mujeres sufría como una humillación su falta

de encanto y de feminidad. Cuando una de ellas era sorprendida en algún recodo de la montaña bajaba los ojos sobre sus pies desmesurados para excusarse de la mejor manera, después corría a esconderse en las cavernas de difícil acceso de donde sólo podían sacarla de las extremidades.

Una noche, Castor y Pólux divisaron a dos gigantes y una giganta que descargaban un barco después de haber muerto a la tripulación. Agazapados en una cavidad de la roca, se sorprendieron al ver que esos seres, conocidos por su ferocidad, obedecieran humildemente las órdenes de un individuo de pequeña estatura que se distinguía mal en la noche sin luna y que los insultaba, porque el trabajo no avanzaba rápidamente.

—¡Ah! tienes razón en decir «bestia como un gigante», exclamó el director del pillaje, que los trataba a puntapiés, y no se impresionaba un ápice ante la enorme espina dorsal de esos mocetones, parecida a una serpiente hinchada de veneno.

Castor y Pólux, rápidos como águilas más bien que como cisnes, saltaron juntos a la cabeza del único gigante que estaba a bordo y de un golpe, cada uno le reventó un ojo. El monstruo saltó con tanta fuerza que cayó al mar, librando así a los gemelos de su presencia en un movimiento de involuntario altruismo. Pero ya los vencedores habían largado las velas ante la grau sorpresa de los gigantes y de su jefe que permanecían en tierra. Este apareció inmediatamente en el

punto del navío: llevaba sus pequeñas alas en los pies.

—¿Eres tú el hombrecito que da órdenes a los piratas? dijo Castor, reconociendo a Mercurio.

—Era pequeño únicamente por contraste.

—¿Y no tienes vergüenza de dirigir el asalto de un barco siendo nuestro director de conciencia?

—Mis queridos amigos, dijo Mercurio, tengo que hacerles una confesión. Si los abandono siempre, cuando el sol se pone es que me convierto, a pesar mío, a la caída del día en el rey de los ladrones. No me odien, es algo fisiológico: en el crepúsculo mis ojos se ponen bizcos, mi moralidad huye rápidamente, mis manos comienzan a temblar y sólo encuentran cierto descanso en el bolsillo del vecino, lo que no impide que me convierta a la mañana siguiente en un perfecto enderezador de entuertos y en un educador digno de los más honrados gemelos de la tierra.

Mientras tanto el dioscuro Pólux perdía su sangre por una profunda cortadura hecha en la garganta por uno de los gigantes. Era una extraña sangre la que corría. No se alarmaba al sentirla derramarse. La arteria daba su jugo precioso sin importarle; siempre venía otro a reemplazarlo. Pólux palidecía apenas y era Castor el que estaba pálido ante la herida fraterna.

—No te inquietes, Castor, dijo Mercurio, Pólux es inmortal. Su padre, el cisne, ocultaba a Júpiter en sus plumas.

—¿Y por qué no lo habías dicho hace tiempo?

—Porque deseaba darle una educación conveniente.

—¿Lo que quiere decir que Castor es también inmortal?, exclamó Pólux, cuya herida se cerraba sin dejar huella.

Mercurio guardó silencio.

Castor y Pólux no sentían ningún placer en volver a verlo desde que conocieron la actividad nocturna de su profesor. Diríamos aún que lo evitaban si no existiesen otros asuntos de preocupación: Helena, su hermana gemela, acababa de ser raptada por Teseo. Y por más que la hubiesen perdido completamente de vista desde el día de su nacimiento, ese rapto no hizo sino exasperar en ellos sentimientos hasta entonces adormecidos. «Qué hay más hermoso que una hermana verdadera, una gemela!, pensaban. Una hermana es mejor que un hermano. ¡Cómo hemos podido vivir sin ella!»

Y cueste lo que costare saber cómo estaba constituida juraron darle un cuerpo y un rostro libertándola. Embriagados por el espíritu de familia o, si se prefiere, de nidada, asesinaron a los guardianes de Helena y la trajeron a Grecia y no tardaron en darse cuenta que estaban muy bien educados para enamorarse de su hermana. Terminaron por tomar tirria a esa niña tan bella con la que nada hacían durante el día y se pusieron a soñar en otras mujeres más mujeres y que no eran parientes cercanas.

Invitados a Etolia a las nupcias de sus primas, fingieron desconocer a sus esposos y se raptaron a las jóvenes en plena ceremonia nupcial para unirse a ellas en

un desfiladero de la montaña próxima. Pero sus dueños no tardaron en atrapar a los dioscuros, y después de un terrible combate recobraron a sus mujeres, ardientes aún del abrazo de sus primos.

Esta vez fué herido gravemente Castor. Y le tocó el turno a Pólux de inclinarse sobre la sangrienta cabeza fraterna.

—Oh, mi gemelo, ¿qué te sucede?

—No te inquietes. Sólo interpreto la comedia de la muerte.

No es una comedia, es un drama, piensa Pólux al ver una sombra tenaz y desconocida que, poco a poco, toma posesión del rostro de su hermano.

—¡Ah! comienzo a creer que no hemos salido del mismo huevo, dijo Castor expirando.

Y Pólux esperaba que sus labios aplicados sobre las heridas fraternas bastarían con su soplo de eternidad a volver la vida a su gemelo. Después, comprendiendo que Castor se había separado definitivamente de él, Pólux resolvió morir también. En su gran amor por su hermano olvidaba que era inmortal. Y hundió tan hondamente su espada en su pecho que la punta salió por la espalda. Y corrió por el campo lanzando quejas, no de dolor, sino de miseria humana, de cariño decapitado. Y su corazón, que no dejaba escapar una sola gota de sangre, no comprendía nada de lo que quería esa espada que lo atravesaba de parte a parte.

El dioscuro se lamentaba con tanta fuerza que sus

gritos concluyeron por hallar la oreja siempre despierta de Júpiter en su montaña. Y el olímpico descendió en una nube silenciosa no siendo la hora del trueno sino de las discretas atenciones de la paternidad.

—Trataré de hacer lo mejor que pueda dijo el dios supremo.

Y Pólux quiso agradecer a su padre, pero ya se había convertido junto a Castor en una lejanísima palpación en pleno cielo, algo muy brillante. Y los dos en el fuego de su cariño se reconocían a la manera de estrellas y se felicitaban de haber vuelto a encontrarse.

Y Leda, que hasta entonces se había desinteresado de los astros como de sus propios hijos, salía cada noche de su casa para contemplar dos estrellas que parecían recién creadas y que en efecto lo eran y que se destacaban en la confusión del cielo, mucho más bellas y significativas que todas las demás juntas.

Traducción de A. C. S. M.